

**ESCOBAR López-Dellamary, Luis Daniel, Jorge Adrián Lázaro Hernández, Rafael Saldívar Arreola, José de Jesús Velarde Inzunza.** *Engrirse con el lenguaje. Andanzas y avatares de un pionero de la lingüística del noroeste de México: José Everardo Mendoza Guerrero.* Universidad Autónoma del Estado de Baja California, México, 2024; 352 pp.

MIGUEL REYES CONTRERAS

*Escuela Profesional de Lenguas, Universidad de Ixtlahuaca CUI*

*Ixtlahuaca, México / miguel.contreras@uicui.edu.mx*

<https://orcid.org/0000-0003-3816-9189>

**E**n tiempos de digitalización y predilección por lo tecnológico, el trabajo de campo es un acto de desahogo. Para el lingüista, cuyo quehacer se desarrolla en interacción directa con los hablantes y en contextos reales, la salida al campo siempre supone un desplazamiento, ya sean a unas cuantas calles o a varios kilómetros de distancia. El material que aquí se comenta puede entenderse como un viaje o, mejor dicho, como una serie de andanzas con escalas que permiten conocer a las personas y disfrutar del acto mismo de escucharlas.

El viaje puede realizarse por una ciudad —como canta Chava Flores sobre las estaciones del Metro— o por un estado, como en “Caminos de Michoacán” de Federico Villa. O, mejor aún, puede emprenderse desde el Bajío —la casa de José Alfredo Jiménez— hacia el noroeste del país, atravesando tres zonas dialectales: el Bajío, el Occidente y el Noroeste. *Engrirse con el lenguaje*, al igual que el viaje evocado por José Alfredo, revela la belleza de esta región y muestra su riqueza lingüística. Este libro destaca las aportaciones a la lingüística mexicana de los especialistas que trabajan en esta área geográfica.

La obra también remite al *Curso de lingüística general* de Saussure, pues, a partir de la cercanía con Everardo Mendoza, los compiladores reconstruyen su legado y lo comparan con el fin de preservar su memoria.

Si bien el texto parece dirigido principalmente a un público especializado, su redacción permite que personas con conocimientos básicos se adentren a los temas abordados. Esta combinación de sencillez y seriedad posibilita que la obra cumpla su objetivo: mostrar la riqueza lingüística de la variante del español del noroeste, así como la calidad investigativa de los lingüistas de la región y su contribución a la lingüística mexicana.

El libro, además, trasciende los límites conceptuales del viaje, pues el desplazamiento también puede realizarse a través de la música, la literatura y la conversación. Como señalan Velarde y Lázaro en la presentación, platicar con Everardo Mendoza era de lo más apasionante. En consecuencia, la compilación se organiza en tres secciones: “Engrirse con el lenguaje” (dedicada a las hablas del noroeste), “Entre los güégueres de la lengua” (centrada en trabajos relacionados con la obra de Everardo Mendoza) y “Más

allá de los embajes de la lengua” (que reúne estudios que traspasan fronteras geográficas y se inspiran en su legado).

La compilación posee la virtud de reunir a investigadores de la lengua ampliamente reconocidos por trayectorias de varias décadas —como Yolanda Lastra, Pedro Martín Butragueño o Luis Fernando Lara—, junto con otros estudiosos que realizan aportaciones de gran profundidad a la lingüística. Dos de los nombres que aparecen en la obra destacan por su carácter marcadamente iconoclasta, al atreverse a cuestionar los cimientos mismos de la disciplina. Luis Fernando Lara problematiza el valor de la sincronía (2009) al discutir la historicidad de la norma y proponer su comprensión como tradición más que como entidad normativa. Mendoza va aún más allá al cuestionar la existencia misma de la lengua como un ente intangible, es decir, la imposibilidad de representarla, lo que deriva en el postulado de que la lengua es solo una idea de lo que se usa cotidianamente y que, entonces, es variación.

Luis Fernando Lara inaugura la obra como si diera el banderazo de salida para iniciar el viaje. En el prólogo, destaca la relevancia de los estudios en lingüística de corpus y el papel fundamental del trabajo de Mendoza sobre el diccionario regional del habla de Sinaloa para la lexicografía mexicana.

La primera sección, titulada “Engrirse con el lenguaje”, toma su nombre del verbo *engrirse*, definido como ‘encariñarse intensamente con un lugar o persona de tal manera que se vuelve difícil desprenderse de ellos’. Este sentido resume los temas a los que Everardo Mendoza estuvo siempre vinculado. El texto inaugural, de Daniel Escobar López-Dellamary, es un claro homenaje al maestro: un trabajo sólido, complejo e inspirador que presenta no solo al lingüista, sino también a la mente maestra que lo formó. Tras una discusión sobre la ontología y el lenguaje, emerge la visión de Mendoza, quien cuestiona algunos de los pilares más arraigados de la lingüística mediante postulados como: “si el lenguaje no está hecho de oraciones, ¿entonces qué estamos representando?”. A partir de la metáfora del mapa —que no representa el territorio, sino una idea del lugar que dice representar—, Mendoza sostiene que el lenguaje no es sino una idea, es decir, una metáfora, y que “no hay algo llamado lengua cuya naturaleza [sea] estructural”. Se trata, sin duda, de una propuesta que sacude los cimientos de la concepción tradicional del lenguaje como objeto de estudio.

En el capítulo 2, Alfonso Medina Urrea aborda la lingüística computacional aplicada al análisis de sufijos representativos del estado de Sinaloa. A partir de la extracción de una frecuencia de afijalidad y su comparación con el *Diccionario del español de México*, identifica diferencias mínimas entre los vocablos de uso local y los de alcance nacional; sin embargo, sí encuentra representatividad en ciertos usos locales.

El tercer capítulo, escrito por el sonorense Julio César Serrano, es una crónica sobre cómo se forma un lingüista, sobre cómo se vuelve experto en su línea de trabajo. El autor parte de sus orígenes y de las fuentes que guiaron su estudio del español. El texto introduce, de manera accesible, conceptos de la Teoría de la Optimidad Estocástica (TOE) y de la dialectología perceptual. Se trata, ante todo, de un trabajo de lectura amena, escrito con un lenguaje cercano y sin pretensiones, que resulta natural y evocador, como una sobremesa que se disfruta al calor de un asado.

El cuarto trabajo, a cargo de Saldívar y Reyes, presenta un análisis acústico de tres fonemas que caracterizan a la variante noroeste del español. Con este análisis, los autores demuestran la vigencia de estos tres fenómenos fonéticos: aspiración de /s/ y /x/, así como la fricativización de /tʃ/.

La segunda sección, titulada “Entre los guégueres de la lengua”, retoma el término *guéguere*, definido como ‘adorno, un atavío con el que se ornamenta algo’, para aludir a los temas que interesaron a Mendoza y que complementan su obra. El primer trabajo de esta sección, firmado por Yolanda Lastra y Pedro Martín Butragueño, utiliza el *Corpus Sociolingüístico de la Ciudad de México* como base empírica para poner a prueba tres hipótesis sobre los indoamericanismos: 1) que su presencia es mayor en documentos escritos, en comparación con los resultado del trabajo de Lope Blanch (1979); 2) que la mayoría de estos vocablos se relacionan con campos semánticos como la flora, la fauna y la alimentación, y 3) que el mayor número de indoamericanos proviene del náhuatl. Al final, los autores confirman diferencias entre las fuentes orales y escritas, corroboran que la mayoría de los indoamericanismos provienen del náhuatl y muestran que la comparación con el trabajo de Lope Blanch permite observar, de manera diacrónica, la vitalidad y actualización del léxico.

Gerardo Sierra ilustra, a continuación, los fundamentos de la lingüística computacional y su relevancia para el análisis léxico. El autor describe las herramientas empleadas en el Gestor de Corpus GECO de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y señala los criterios que deben considerarse en este tipo de análisis: representatividad, variedad y equilibrio. Estos principios se ejemplifican mediante el proceso de construcción del corpus de las sexualidades en México. Esta exposición permite dimensionar tanto la complejidad del trabajo con corpus como la importancia de este tipo de investigaciones.

El tercer texto de la sección, de Palacios y Franco Trujillo, retoma la línea de investigación de Lastra y Butragueño para estudiar la presencia y el uso de indigenismos en el habla de Puebla desde una perspectiva lexicográfica y sociolingüística. Su clasificación incluye nombres propios y comunes, estos últimos organizados en categorías diferentes como flora y fauna, entre otras.

Cruz Aldrete firma el cuarto trabajo de la sección, dedicado a la Lengua de Señas Mexicana, con especial atención a dos numerales —30 y 41— con connotación sexual de origen popular. La importancia de su discusión radica en la identificación de casos de variación en las señas y en la observación de que las variantes consideradas de prestigio en la Ciudad de México tienden a discriminar aquellas que se apartan del estándar.

La tercera sección se titula “Más allá de los embajes de la lengua” y recupera un vocablo que alude a la sensación de ‘tener las manos pegajosas por haber comido algo dulce como un mango’. La metáfora remite a temas que se adhieren a los tipos de estudios desarrollados por Mendoza y que completan su legado. Los cuatro trabajos que integran esta sección mantienen una relación directa con su obra, ya sea porque se inspiran en ella o porque la toman como referente.

Abre esta sección el capítulo de Acosta Félix en el que se discute el papel de instituciones —como el Instituto Lingüístico de Verano (ILV)— en la preservación de varias

lenguas indígenas ágrafas mediante la elaboración de diccionarios. El autor señala, no obstante, que estos diccionarios carecen de criterios claros para definir las entradas léxicas, problema que deriva de la suposición de que todas las lenguas funcionan de la misma manera. Esta afirmación se sustenta en el análisis de diccionarios de lenguas indígenas como el guarajío, el maya, el eudive, el névome, el cahíta y el tepehuano, así como en su comparación con lenguas africanas como el ngombi y el swahili. El trabajo concluye con la invitación de desarrollar una metalexicografía amerindia que permita establecer criterios adecuados para la documentación de lenguas indígenas.

El alcance de los estudios sobre lingüística de corpus se extiende más allá de las fronteras nacionales en el trabajo de Ortiz, Mora-Bustos e Ibáñez, quienes analizan una variante del español colombiano para estudiar las manifestaciones del infijo *-it-* como diminutivo. Sus resultados revelan que, en esta región, se emplea *-it-* en casi todas las categorías gramaticales, con excepción de las preposiciones, y que puede desempeñar funciones varias desde el punto de vista semántico.

El tercer capítulo aborda la lingüística de corpus aplicada a los estudios literarios. Ignacio Rodríguez usa 39 novelas pertenecientes a dos géneros diferentes —juvenil y policiaco— para extraer 85 vocablos asociados al cuerpo (como *mano* o *pie*) y a extensiones (como *voz* o *mirada*). Mediante un tratamiento estadístico, demuestra que es posible identificar el género de los textos con base en un campo léxico.

Finalmente, Verónica Reyes Taboada presenta un estudio sobre una variante del náhuatl, el mexicanero, utilizado y difundido en la zona de Durango (San Pedro de Xícora). La autora examina la variación en la realización fonética mediante un análisis acústico que permite mostrar “cómo se neutralizan las realizaciones individuales de los fonos en la parte central formántica”. Parecería que aquí termina el viaje; sin embargo, más que un cierre, se trata de una invitación a continuar, a no dejar de viajar, a entender que el viaje nunca concluye y que los caminos pueden extenderse tanto como se deseé. La lectura de esta obra puede constituir un paso más —o incluso el primero— para acercarse a la imperecedera obra del lingüista sinaloense Everardo Mendoza y acompañarlo en sus andanzas. Como se mencionó al inicio, también es posible viajar a través de la lectura, y los doce puntos de encuentro que conforman esta así lo confirman. En última instancia, el mayor mérito del libro reside en que permite atisbar el vasto conocimiento del maestro Mendoza, conocer sus intereses y sus aportaciones y, sobre todo, comprender su manera de concebir la lingüística. Si su obra despertó el interés de numerosos investigadores, esta recopilación abre, asimismo, un amplio abanico de posibilidades para estudiar el extenso y diverso campo de la lingüística.

## BIBLIOGRAFÍA

- LARA RAMOS, Luis Fernando. 2009. *Lengua Histórica y Normatividad*. El Colegio de México.
- LOPE BLANCH, Juan Miguel. 1970. “Las zonas dialectales de México”, *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)*, vol. 19, núm, pp. 1-11.